



LA MAGIA DE
DOS MUNDOS
LOS OJOS DE CRISTAL



CARMEN HERGUETA

LA MAGIA DE DOS MUNDOS

LOS OJOS DE CRISTAL

Carmen Hergueta

Primera edición: noviembre, 2015

©Carmen Hergueta, 2015
www.carmenhergueta.com

Editado y maquetado por Carmen Hergueta.
Ilustraciones de portada, contraportada e interior: Rocío Díaz.

Corrección: Silvia Vallespín.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CARMEN HERGUETA a través de su correo electrónico: lamagiadedosmundos@gmail.com, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dedicado para todos aquellos que creyeron en mí y me
dieron fuerzas para continuar con el deseo de mi corazón.*

“Todo hombre sabio teme tres cosas:

La tormenta en el mar, la noche sin luna y la ira de un hombre amable”.

Patrick Rothfuss, El Temor de un Hombre Sabio.

ÍNDICE

-

Prólogo

1 Mi vida

2 Extraño

3 Te necesito

4 ¿Quién soy?

5 Afrontando mi vida

6 La verdadera historia

7Cuál es tu nombre

8 Buscándome

9 Ossins

10 Mi salvación

11 El refugio

12 El guerrero sacrificado

13 Por fin mi mundo

14 De vuelta al camino

15 Ciudad de las Nubes

16 Una oscuridad diferente

17 El viento y la niebla

18 La petición de Woarfor

19 La oscuridad maldita

20 Zona salva

21 La guarida de los kroquem

22 El poder de la naturaleza

[23 Una dura decisión](#)

[24 El sello](#)

-

Prólogo

Magia

Había una mujer de piel blanca y ojos verdes como el zafiro. Su nombre era Lasia, la mujer dorada. Era la primera humana a la que se le había otorgado el poder de la luz. Diferente a todos los demás, pues era la más poderosa. La naturaleza la rodeaba allá donde fuera. Hacía crecer las plantas por donde quiera que pisase. Era la única con un alma guerrera. Su cabello dorado y lacio volaba al viento. Su luz podía curar y matar. Era letal, pero bondadosa.

Hizo una promesa a su creadora Yagalía: su poder sería traspasado a otro humano al nacer, cuando llegara la hora, para que no se perdiera tan grandiosa creación.

Durante generaciones este poder ha sido heredado de padres a hijos. Pero jamás se volvió a ver un cuerpo bañado por luz dorada, como lo había estado el de Lasia.

A mi madre le gustaba contarme historias que siempre iban seguidas por una pregunta que nunca se cansaba de formular: ¿qué es la magia?

—¿Qué crees que es?

Yo era pequeña, tenía tan solo ocho años.

—¿Algo que no se puede explicar?

Para los más cercanos a mi madre era evidente que había algo más, un misterio incluso para su familia. Siempre me hablaba de magia, de lugares casi imposibles de imaginar y criaturas increíbles que en nuestro mundo estaban muy lejos de existir. Pero ante todo me hablaba del agua, de una forma que cualquiera desearía rozar con la punta de los dedos.

—Exacto, ¿y qué más?

Ella siempre me sonreía y me daba un beso en la frente con mucho cariño y tacto.

—Que la gente no cree en ella.

—¿Y tú? ¿Crees en ella?

—Supongo que no —dije simplemente, encogiéndome de hombros.

Mi madre, entonces, me miraba con ternura y suspiraba, suspiraba muy a menudo, como si estuviera muy cansada.

—Te estás haciendo mayor.

—¿Y eso es malo? —preguntaba yo, preocupada.

Ella reía.

—Claro que no, amor, no es malo, pero da pena ver cómo dejáis de creer en algo en lo que los adultos ya no creen.

En ese momento la abracé con todas mis fuerzas.

—Alise, quiero que sepas una cosa y, por favor, nunca la olvides.

—¿Qué, mamá?

—Que el agua te protegerá siempre, incluso cuando yo ya no esté.

Aquellas palabras me asustaron, sonaban a despedida.

—¿Por qué dices eso, mamá? ¿Te vas a ir de mi lado? — dije mirándola con ojos tristes y asustados.

—Claro que no, siempre estaré contigo.

Pero ese mismo día salió de casa, hubo una fuerte tormenta de nieve... y jamás regresó.

CAPÍTULO 1

Mi vida

Solía recorrer las calles de Manhattan igual que un fantasma sin rumbo. Desde la muerte de mi madre no había vuelto a ser la misma. Habían pasado ya diez años, pero continuaba teniendo aquel recuerdo en mi mente como si hubiera sucedido ayer.

La vida que antes conocía se había derrumbado de forma repentina.

Mi padre también dejó de ser la misma persona. La depresión que le ocasionó la muerte de mi madre le hizo frecuentar ambientes poco recomendables; suburbios. Empezó a relacionarse con drogadictos y alcohólicos. Mientras tanto, yo tenía que lidiar con todo aquello y comportarme como la responsable de la casa y de nuestras vidas.

Él antes trabajaba en la taquilla del teatro Vivian Beaumont justo en Lincoln Center, pero lo despidieron. Faltaba mucho y, cuando aparecía... bueno, digamos que su estado no era el adecuado. Tuve que sobrevivir sola. Gracias a un dinero que mi madre tenía escondido para emergencias que un día me reveló por si hacía falta alguna vez, pude hacer la compra y mantenerme. Mi padre, aparte, traía dinero de forma ocasional que no sabía muy bien de dónde lo sacaba. Dejé de ir al colegio, ya que mi padre se ponía hecho una furia cuando no estaba en casa y no podía atenderle cuando aparecía borracho por la mañana.

A medida que iba creciendo mi padre volvía peor cada noche. Se volvió agresivo conmigo e incluso me golpeó en una ocasión que llegó a casa drogado hasta las pestañas. Intenté razonar con él, pero nunca lograba que me escuchara. Fueron unos años difíciles, hasta que cumplí los dieciocho. Busqué un trabajo y un piso para vivir sola.

Al poco tiempo recibí una llamada de la policía comunicándome que habían detenido a mi padre por traficar y consumir drogas. Aquello fue lo peor. Él quería que le ayudara, que pagara a un buen abogado, pero no tenía suficiente dinero y pensé que una temporada en la cárcel le vendría bien. Recuerdo perfectamente aquel día y la mirada vacía y sin emociones que tenía cuando me negué a ayudarlo. Casi no fui capaz de mirarle a los ojos, me atravesaba el alma con ellos.

Pasado un tiempo, se llevó a cabo el juicio. Fue condenado a quince años de prisión en el Complejo de Detención de Manhattan, una cárcel en Lower Manhattan, en el número 125 de White Street, también conocida como Las Tumbas. Estuve presente en el juicio, aunque no quise presentarme como testigo en defensa de lo que había hecho. Su constante mirada acusadora provocó que me arrepintiera de haber ido y la culpabilidad me inundaba por dentro. Tal vez no debería haberme sentido culpable, se lo había buscado él mismo, pero por muchas cosas que hiciera, era mi padre y yo siempre iba a ser su hija, eso es un hecho inevitable.

Después de aquel acontecimiento tan desagradable volví a mi piso recién alquilado, situado en el barrio Greenwich Village, justo en la calle Thompson y muy cerca del parque Washington. Mi nuevo barrio era agradable, lleno de arte en cada esquina y de personas que simplemente buscan su sitio y a las que les gusta expresarse. La estética de las urbanizaciones formada por ladrillos creaba un estilo monótono a las calles rodeadas de árboles allá donde miraras, lo que me hacía disfrutar cada época del año que podía verse reflejada en las calles gracias a ellos. Luego, en invierno, se podían contemplar desnudos adornados casi cada día por la nieve, preparándose para volver a nacer. En primavera, verdes, llenándolo todo de naturaleza y frescor; en verano,

ayudando a resguardarte del cálido sol y, en otoño, tiñendo las calles de tonos marrones, amarillos y rojizos. Era la época del año que más me apasionaba y en la que nos encontrábamos entonces. El piso no era nada del otro mundo, algo viejo y deteriorado, pero lo suficientemente cómodo y acogedor para vivir a gusto. Cada día iba a trabajar como limpiadora al centro comercial Manhattan Malls. Ir andando desde casa suponía perder unos cuarenta minutos. Podría coger el bus, pero con el tráfico de Manhattan, ir en bus era una pérdida de tiempo, e ir en metro o en taxi un gasto de dinero. Ese dinero que era muy valioso, puesto que me pagaban una miseria y tenía que administrarlo al máximo para poder vivir. Al principio iba andando, pero al cabo de unas semanas me hice con una bicicleta y tardaba entre diez y quince minutos, así ganaba un poco de tiempo para mí.

Por las noches tenía pesadillas. Soñaba a menudo con mi madre y mi padre, lo que provocaba que me despertara constantemente. Miraba a mi alrededor asustada, me rodeaba con los brazos e imaginaba que eran ellos quienes me abrazaban.

Me sentía sola.

CAPÍTULO 2